

Como antes en tus regazos
 hoy, todavía peregrino,
 me refugio en tu recuerdo,
 vuelvo, madre, a ser tu niño
 en demanda del amparo
 a tu sereno amor que no ha concluído,
 aunque tú duermas
 en ese sitio
 santo, bajo un verde velo
 de luces, árboles,
 y no escuchados trinos.

Carlos Luis SAENZ.

Culiacán, Sin, México, a 28 de abril de
 1952.

x

Versos míos

(En Rep. Amer.)

COMO PODER OLVIDARTE!

¡Cómo poder olvidarte!
 si eres raíz viva
 de mi sed viajera.
 ¡Cómo poder olvidarte!
 si eres nostalgia
 erguida en la hora del silencio.
 ¡Cómo poder olvidarte!
 si eres angustia abierta
 al llanto del corazón.
 ¡Cómo poder olvidarte!
 si eres grito perdido
 en el fondo inmenso
 del corazón.

¡ADIOS!

¡Adiós!, dice el eco lejano
 en la soledad de rumbos silenciosos,
 donde la pena es angustia.
 en las nieblas del dolor.

¡Adiós!, dice el eco lejano
 en el grito del alma,
 transida pena; como agua desatada
 en las arenas cansadas.
 en los prados taciturnos,

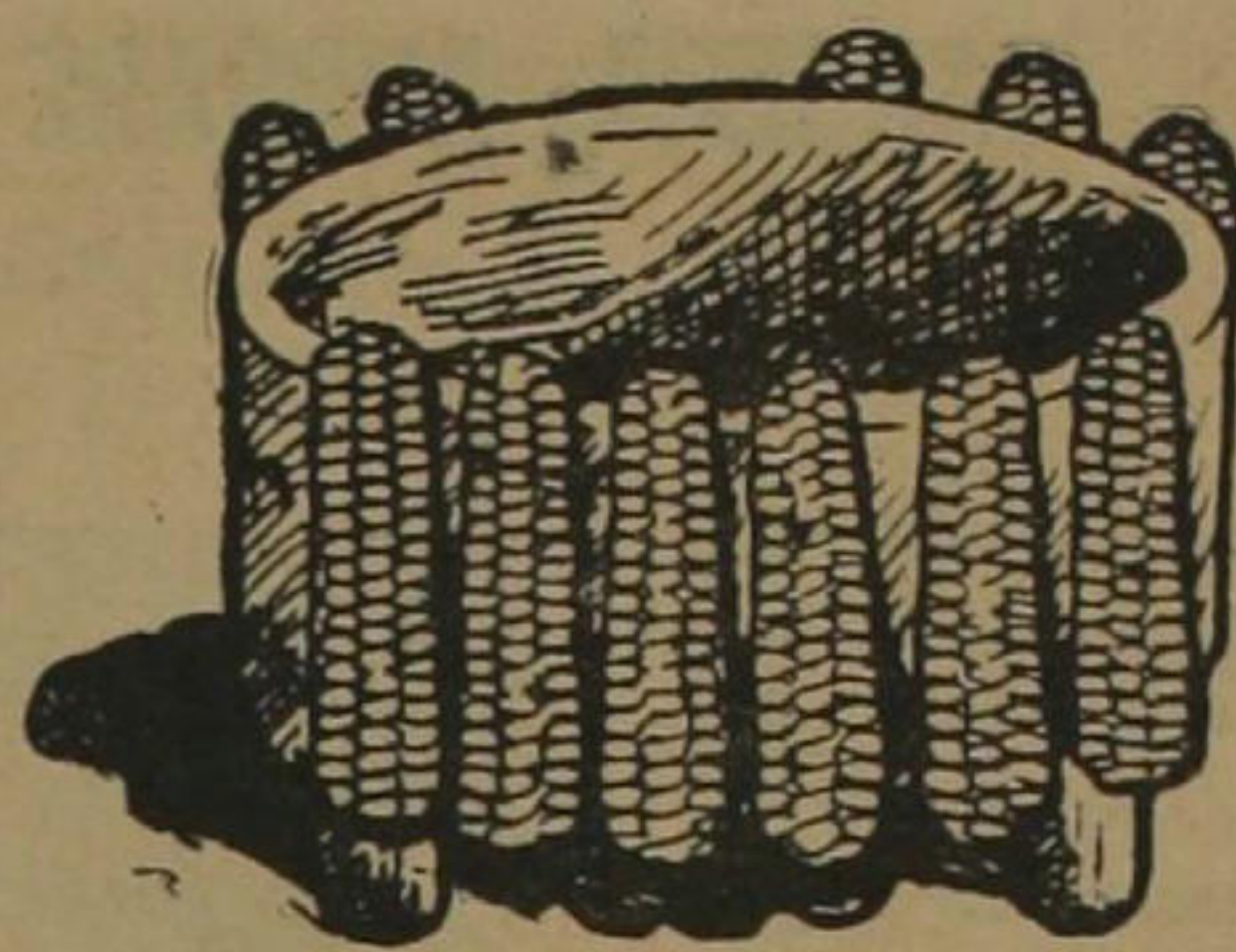
¡Adiós!, dice el eco lejano
 y mi pena va cayendo
 como abierta herida
 en el surco denso de la noche sin fin.

JUNTO AL SILENCIO

El recuerdo es rocío
 en los pétalos temblorosos,
 de la noche triste
 de mi vetusto y eterno dolor.
 Cae el recuerdo inmenso,
 a orillas del ensueño
 y es en el silencio de mi tristeza
 crepúsculo que se doblaga
 en brazos múltiples y eternos.

Ruth LIGIA BRICEÑO.

Costa Rica. Mayo 1949.



Molcajete decorado con mazorcas de maíz.
 (Cultura zapoteca).

Maíz

(En Rep. Amer.)

A. Jean Aristeguieta.

Maíz, mi substancial amigo, tan presente en mi alma,
 su vigor, ella misma, desde pipiles y güetares,
 las dos oscuras sangres de mi caña.
 Maíz, generador constante de la vida más pura y más sencilla
 en todos y en cada uno de mis años.
 Verde señor del campo cultivado,
 niño de los abriles y los mayos, del buey que abre los surcos
 por los cielos, junto a los regocijos de oropéndolas
 y silbos amorosos del yigüirro en las primeras lluvias,
 y tus dos gemelas hojitas nuevas, renaciendo.
 Ritual de todas las mañanas de mis madres:
 los metates de piedra, hojas de plátano soasadas,
 y las sacras tortillas al amor de la lumbre
 consolando, dorándose, volviéndose a la leche
 al pie de nuestras vacas, a las pláticas agrarias
 de los abuelos tan madrugadores; llenando con su olór,
 serenamente, el corazón de toda la familia, cuando aún
 no se había desgranado la mazorca.
 Maíz, columna diaria, familiar blancura
 en la durable mesa de tres generaciones, sus ahijadas;
 resurrección perenne de mis padres de amor, los campesinos,
 en su reino de humus y bien labrada tierra,
 en su nivel de probos pequeños propietarios,
 en su llantar alegre sin pena por otras hambres.
 Tu caña de mazorcas tan parida
 bendice a todo viento las esparcidas casas campesinas,
 sus toscas vigas lamidas por los humos de la leña,
 el verdín de sus tejas, sus paredes de barro, las carretas, timón
 (al suelo,
 bajo el higuierón tupido y gigantesco,
 sus fiestas del domingo y sus ollas del sábado
 hirvientes de tamales.
 ¡Qué alegrías de niño, desgranarte sonoramente, la tarde,
 en los canastos de bejuco! ¡O cuando tu dorado cuerpo
 de atahualpa tierno resplandecía en la fábula de las brasas!
 ¡Los granos reventaban en azares
 tirando al corazón en inocencia
 el granizo caliente de su dicha casera!
 Maíz de mis recuerdos y mi historia,
 me llego a tí con mi latina lengua,
 —a tu substancia y tus metamorfosis—,
 germinada en mis carnes de aborigen
 para tocar, un algo, tu entrañada
 virtud en el pasaje de siglos y de pueblos maternales,
 para dejar mi canto en tus mazorcas populares
 y religar mi sangre con los himnos
 sacerdotales de los viejos Mayas.

Carlos Luis SAENZ,

Costa Rica. Enero de 1951.